

Enrique Molina

## Del sentido de la vida

### II

#### LA IDEA DE PROGRESO



**M**UCHO tardó en aparecer en la mente del hombre la idea de progreso y después de su aparición ha sido siempre discutido y muy frecuentemente negado.

No hablemos de los tiempos prehistóricos. Los cien mil y tantos años en que ellos se dilatan suman un total quince veces mayor que el de todas las edades históricas juntas; pero son como una línea escueta que se alarga cual simple medida de duración, sin volumen ni intensidad de vida. Durante ellos el cilindro del tiempo no registra casi vibraciones del espíritu. Hubo, sin duda, progresos. De otra manera los hombres no habrían entrado al campo de luz de la historia. Han quedado escritos esos adelantos en armas de piedra, en utensilio de piedras y de hueso, en armas de bronce, en cacharros de primitiva alfarería, en dólmenes y

menhires; pero nada ha podido llegarnos que sea un indicio de concepciones generales. Desde el punto de vista del pensamiento humano, la prehistoria es una especie de pre-vida.

\* \* \*

Las más antiguas leyendas arrojan mucha luz sobre la manera como los hombres recibieron sus propios primeros balbuceos en el camino del progreso.

Dice Esquilo que los hombres habitaban bajo tierra, en el fondo de tenebrosos antros, como las hormigas largas y delgadas, que no sabían nada y vivían sin pensar. Compadecido Prometeo de tanta miseria les enseñó el arte de curar, la adivinación, la maravilla de los números, la explotación de los metales, y robó para ellos el fuego del cielo. Ya se sabe lo que le ocurrió al generoso titán. Irritado Júpiter por que quisiera levantar la para él maldita raza de los hombres lo encadenó en una roca del Cáucaso primeramente, y luego lo precipitó al Tártaro, donde un buitre debería roerle eternamente las entrañas.

En el Génesis aparece la primera pareja humana arrojada por Dios del jardín edénico, por haber transgredido la orden de no probar el fruto del bien y del mal. Más adelante en el mismo libro, los hombres que trabajan alborozados en construir una torre, la de Babel, son castigados por la divinidad, que ve en esta tentativa un desacato pernicioso. Se les condena a sufrir la confu-

sión de las lenguas y a la dispersión de las razas por el haz de la tierra.

Estas leyendas, trasuntos con elementos míticos de vagas memorias de los pueblos de Grecia, Mesopotamia y Palestina, constituyen la expresión de un hecho real: de la tragedia de toda idea nueva, de toda innovación. El primer destino, por lo general, de todo pensamiento que no se ajusta a las formas establecidas es que se armen en su contra las fuerzas conservadoras, para ver modo de ahogarlo al nacer. En esto, como en todo, el triunfo es una portada gloriosa que no tiene más camino de acceso que el de la lucha. Los elementos conservadores creen defender siempre instituciones o creencias vitales de la sociedad; pero el concepto mismo de lo que debe entenderse por vital ha ido cambiando. Quien levanta un rascacielo en nuestros días no merece sino las consideraciones de sus conciudadanos y la torre de Eiffel ha inmortalizado el nombre de su autor; pero en la arena política y de las reformas sociales, en la esfera de la religión, la moral y aun en arte y literatura, las ideas nuevas tienen siempre que aquilatar su bondad y resistencia en el fuego del combate, en su capacidad para crear nuevas formas adecuadas de vida. Con lo que se afirma también que no toda idea nueva ha de ser considerada como un progreso. Mas en las sociedades primitivas lo tradicional y lo existente es sagrado e inviolable, es tabú. El que trata de modificarlo incurre en pecado ante la divinidad y merece todas las sanciones de la cólera celes-

te, la muerte, que un buitre le roa las entrañas o ser expulsado del paraíso apacible en que ha vivido.

Estos rasgos de la psicología de las sociedades primitivas se ven confirmados por los de las sociedades inferiores de nuestro tiempo. «En la región del Congo, dice un explorador, los hombres más capaces de progreso son exterminados. Cuando comenzó el comercio del caucho los primeros indígenas que lo vendieron fueron acusados de hechicería y ejecutados. A un herrero que de un zuncho de hierro supo fabricar un buen cuchillo de estilo europeo lo llamó el reyezuelo del país y le advirtió que si lo volvía a hacer lo haría prender como hechicero» (\*).

Se ve, pues, que los pobres hombres han considerado una audacia sus primeros ensayos de progreso y han quedado ante ellos atónitos, contritos y con ánimo vengativo.

No sin relación con las leyendas mencionadas surge más tarde la idea de una decadencia de la especie humana y la añoranza de un tiempo pasado mejor, que habría sido la edad de oro. La doctrina india de las cuatro edades, la alegoría de la caja de Pandora, la tradición zoroástrica sobre el triunfo del genio del mal son muestras de ese sentir.

Los poetas recibieron esta doctrina de la boca de los sacerdotes y se limitaron a embellecerla. Sobre la tradición construyeron una filosofía de la historia.

---

(\*) L. Lévy Bruhl, «La Mentalité primitive», pág. 459.

Hesíodo distinguía cinco edades: edad de oro, de plata, de bronce, edad de los héroes y edad de hierro. «En la infancia del mundo, cuenta el poeta, los hombres vivían como dioses, exentos de penas, de cuidados y de dolores. No conocían ni el trabajo ni las enfermedades, estas hermanas de la vejez. Ningún bien les faltaba y la tierra, madre pródiga, les daba sus frutos en abundancia... En cuanto a mí, agrega el poeta con amargura, ¿por qué he nacido en la quinta edad, en la edad de hierro, en que día y noche el hombre es presa del dolor?».

El período heroico intercalado por Hesíodo en medio de las edades de decadencia ha sido, generalmente, suprimido por los escritores posteriores, que han reducido a cuatro y aun a tres, las fases del desenvolvimiento de la humanidad.

Los griegos supieron distinguir pronto los conceptos de ser y devenir, y la idea de que todo en el mundo era cambio incesante les fué familiar. Así se deja ver en los conocidos sistemas de Anaximandro y Heráclito; pero no llegaron estos filósofos a sacar de su concepción del devenir la idea de progreso. Tampoco encontramos esta idea en los grandes maestros posteriores como Sócrates, Platón, Aristóteles y los estoicos. El único progreso que conciben todos ellos es el que radica en el perfeccionamiento de las almas.

El sentimiento que ya hemos anotado entre los griegos de estar viviendo en un período de inevitable degeneración y decadencia pasó fácilmente a los romanos.

Ovidio hace suya la tradición pesimista y más o menos la misma distinción de edades que encontramos en Hesíodo. Según el poeta latino, durante la edad de oro, el hombre por sí mismo, sin leyes y sin coerción alguna observaba la justicia y la virtud. No se conocían entonces los suplicios ni el temor a ellos. Sin carros, sin espada, sin soldados, los hombres gozaban de los dulces placeres de una tranquila paz. Cuando Júpiter precipitó a Saturno en los sombríos abismos del Tártaro y sometió el mundo a sus leyes, esta victoria trajo consigo la edad de plata, menos feliz que la anterior edad de oro. A estas dos edades sucedió la de bronce. La raza de esta época, más violenta que sus predecesoras, más pronta a tomar las armas no era aún criminal. La dura edad de hierro ha sido la última. En esta época en que predominó un metal peor que el bronce, todos los crímenes invadieron la tierra. Huyeron el pudor, la verdad, la buena fe y en su lugar entraron a reinar el fraude, la astucia, la traición, la violenta y la culpable sed de oro.

Pero no todos los escritores clásicos pensaron en esta forma pesimista. Séneca decía: «Cuántas conquistas están reservadas a los siglos futuros. La naturaleza no entrega a la vez todos sus secretos. Nos creemos iniciados y sólo nos encontramos en el umbral del templo».

También se presenta a Lucrecio como un partidario del progreso, pero en realidad no es mucho el motivo que hay para ello. Sólo ha podido servir de fundamento para tal afirmación aquella parte de su obra en

que dice: «En cuanto a mí, pienso que el universo se encuentra en su juventud, la naturaleza en todo su frescor y que sus comienzos no datan de muy lejos. Así se ve como algunas artes se perfeccionan y desarrollan aún en nuestros días. Actualmente mil progresos enriquecen la navegación, ayer no más los músicos han inventado sus dulces armonías. En fin, el sistema de la naturaleza, este plan del mundo, es un descubrimiento reciente, y sólo en la época actual se me ha encontrado a mí, que he sido el primero que he sabido introducirlo en la lengua de nuestros padres» (\*).

Sin embargo, más adelante, refiriéndose a los hombres primitivos y a sus sufrimientos dice que, no obstante, en aquella edad no se entregaban a la destrucción millares de individuos agrupados bajo los estandartes, que las tempestades de los mares no despedaban contra los escollos a los navíos y sus tripulantes... y la navegación, arte fatal, dormía aún en las tinieblas. Entonces los miembros del cuerpo languidecían por la escasez, mientras que hoy la abundancia los precipita al abismo. Entonces los hombres se envenenaban a sí mismos por ignorancia; ahora es un arte envenenar a los demás.

Estas lamentaciones no acusan, por cierto, confianza en el progreso.

Por otra parte, en los primeros párrafos del citado libro V de su poema, insiste Lucrecio en que lo más

---

(\*) «De la Nature des Choses», Libro V.

importante para el hombre es tener un corazón puro. Las naciones podrían vivir, dice, sin los frutos de la tierra y sin el néctar de las viñas, pero no sin un corazón puro. Podemos evitar los lugares donde pululan las fieras y los animales salvajes; pero si no se lleva un corazón puro ¡cuántos embates hay que padecer! Cuántos cuidados roedores, cuántas inquietudes y cuántos desgarramientos causa la pasión ¿Y qué decir de los estragos que hacen el orgullo, el libertinaje y la violencia así como el lujo y la pereza?

Se ve en estas palabras el menosprecio de todo progreso simplemente material y la importancia señalada al sometimiento de la vida humana a una valoración ética y espiritual, lo que reviste singular significación, tanto para aquilatar el peso de estos valores como para apreciar al mismo Lucrecio, conocido como materialista y discípulo de Epicuro.

No va a aflorar tampoco en la Edad Media la idea de progreso. Es un gran siglo sin duda el siglo XIII que marca el apogeo de la civilización medieval. Por el relativo bienestar material alcanzado, por la organización armónica de la familia, del Estado y de los demás grupos y entidades sociales, por la predominante unidad de sus concepciones y creencias, por la grandiosidad y belleza de sus creaciones artísticas, el siglo XIII es una de las épocas de más significación en la cultura de la humanidad; época en que los hombres deben haber tenido un sentido de plenitud y eran optimistas, edad semejante a aquellas otras felices que se

han creído definitivas como el siglo de Augusto, como el de Luis XIV, como algunas décadas de la democracia liberal del siglo XIX; pero tal vez por lo mismo no cabía esperar que surgiera en ella la noción del progreso en cuanto ley del movimiento de las sociedades humanas. La filosofía escolástica, la genuinamente representativa del siglo, alcanzó relieves vigorosos, fué fecunda y se mostró capaz de sutiles y amplios análisis. De ninguna manera cifra de oscurantismo ni subyugada incondicionalmente a la teología, como se cree de ordinario. Aunque las nociones de devenir y de cambio figuran en su acervo intelectual y aunque el ilustre Tomás de Aquino habla en su magna obra de posibles adelantos de las ciencias, de sustituir la teoría geocéntrica por otra que interprete más acertadamente la realidad cósmica, y de necesarios mejoramientos en el gobierno de los Estados y en las leyes, no se piensa aún en formular una teoría del progreso.

• • •

En el Renacimiento coinciden la veneración por los antiguos, que llega a su ápice, con una intensa y vigorosa renovación en casi todos los órdenes de actividad espiritual; pero no aparecen todavía creyentes ni sistematizadores del progreso. El humanismo renacentista, movimiento tan fecundo y de tanta trascendencia, reconocedor de nuevos valores en la personalidad humana, aunque un progreso en sí, no elaboró la idea de pro-

greso. Para Maquiavelo todas las sociedades humanas recorrían un ciclo en que avanzaban desde sus orígenes a la prosperidad para disolverse después en la decadencia. Quizás en virtud de esta misma creencia era el escritor florentino contrario a todo cambio. Cambio significaba para él corrupción. Además, teniendo a los antiguos por guías insuperables y a las instituciones romanas por un dechado de perfección, no podía llegar Maquiavelo a una concepción del progreso.

El pensador napolitano Juan Bautista Vico (siglo XVII) concibió una filosofía de la historia que tiene asimismo como idea céntrica la de los ciclos sociales, de manera que no pudo llegar a formular tampoco una teoría del progreso. Para él, las naciones, llevadas de la mano por la Providencia, nacen, llegan a su apogeo, decaen y mueren; y los hombres van realizando sus destinos dentro de este repetido torno y retorno de la vida de los pueblos.

Una concepción análoga nos va a ofrecer en nuestros días Spengler en su teoría del nacimiento, desarrollo y muerte de las entidades que él llama culturas.

Sin embargo, hay que reconocer que del Renacimiento mismo brota la corriente de pensamientos que conduce a las modernas lucubraciones del progreso.

Bacon trabajó por sacudir el yugo espiritual de los clásicos y rechazó la idea de los ciclos sociales por considerarla un obstáculo para el avance de los conocimientos. Suya fué la idea de que los modernos son

en realidad los viejos por su mayor saber y los antiguos los jóvenes en razón de su inexperiencia.

Pascal lanza una idea semejante al considerar la humanidad como un solo ser en constante desenvolvimiento.

La adquisición de ciertos principios de física hace pensar a Descartes que sea posible llegar a obtener conocimientos muy útiles para la vida y que, en lugar de la filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se pueda encontrar una más práctica por medio de la cual conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros y de todos los demás cuerpos que nos rodean, podríamos emplearlos en todos los usos para que son propios y hacernos así dueños y poseedores de la naturaleza: con lo que sería dado obtener muchos inventos que permitirían gozar de los frutos de la tierra y de todas las comodidades que en ella se encuentran, y, sobre todo, conservar la salud, «que es sin duda el primer bien y el fundamento de todos los demás bienes de esta vida...». Se ve que Descartes no se halla distante de la divisa de Bacon citada en el capítulo anterior: «saber para poder».

Bodin, escritor francés del siglo XVI, niega la degeneración del hombre y afirma que su época vale, en muchos aspectos, tanto como los tiempos clásicos y que es superior a éstos por sus adelantos científicos y artísticos.

Fontenelle desarrolló de una manera bastante completa la idea del progreso de los conocimientos huma-

nos y rechazó la autoridad de los antiguos, agregando que él, cartesiano como era, desconocería el valor de Descartes si fueran a imponerle sus concepciones autoritariamente.

La tesis del progreso toma singular consistencia en el siglo de los enciclopedistas y economistas. Tenían estos hombres una fe de adolescentes en el progreso y lo esperaban del triunfo gradual de la libertad, de la justicia, de la razón sobre el prejuicio y de los conocimientos sobre la ignorancia; pero quien desarrolló primeramente la doctrina de una manera precisa fué el abate de Saint Pierre que, a fines de la guerra de la Sucesión Española llevó a cabo una campaña en pro de la creación de una especie de Sociedad de las Naciones, que debía asegurar a Europa la paz perpetua.

Turgot en sus *Discursos de la Sorbona* decía: «La masa del espíritu humano, en medio de alternativas de calma y de agitación, marcha siempre, aunque a pasos lentos, hacia una perfección mayor». Esta perfección iría buscando la verdad en los pensamientos, la dulzura en las costumbres y la justicia en las leyes.

Condorcet escribió su obra «Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano» en medio de los más sangrientos desórdenes de la Revolución, bajo el peso de la persecución jacobina y con la amenaza de la muerte sobre su cabeza. Sin embargo, su espíritu sereno y superior se complacía en mirar la trágica existencia del hombre como un proceso progresivo y en soñar con futuros adelantos. Se propuso

Condorcet mostrar en su obra los cambios sucesivos ocurridos en la sociedad humana, la influencia que cada momento ha ejercido en el siguiente, y de esta suerte, el avance de la especie humana hacia la verdad y la felicidad. No divisaba nuestro filósofo causas que pudieran detener el perfeccionamiento de las facultades humanas fuera de la duración mismo de nuestro globo. Este movimiento de superación puede variar en velocidad, pero es inconcebible un retroceso, mientras la tierra, ocupe su actual relativa situación en el sistema cósmico y no se produzca, lo que es imposible, alguna catástrofe o cambio en las leyes generales de este sistema. No hay que temer, pues, una caída en la barbarie. Las garantías en contra de este peligro se encuentran en los nuevos métodos de la ciencia, en la aplicación de ésta a la satisfacción de las necesidades humanas, en las mejores comunicaciones entre los hombres y en la imprenta. Profetiza nuestro filósofo—¡oh, benévolo soñador!—la terminación de las guerras, la conclusión de la desigualdad entre las naciones y el establecimiento de la igualdad en el interior de los estados, inclusive la igualdad de los sexos (\*).

Herder, al otro lado del Rin coreaba con las siguientes palabras: «La flor de la humanidad, cautiva

---

(\*) Es curioso que en el Diccionario Filosófico de Voltaire no se diga nada sobre el progreso y en la Enciclopedia sólo aparece lo siguiente: «Progreso: Movimiento hacia adelante; el progreso del sol en la elíptica; el progreso del fuego; el progreso de esta raíz. Se toma también en sentido figurado y se dice: «hacer progresos rápidos en un arte, en una ciencia». Como se ve, falta por completo la concepción del progreso social.

en sus gérmenes, va a florecer un día en la verdadera forma del hombre semejante a Dios, en un estado cuya grandeza y majestad nadie se imagina».

La más ardiente fe en el progreso fué una de las idealidades características del siglo XIX. No faltaron motivos que la justificaran, como ser enormes adelantos materiales que permitieron ver en menos de cien años cambios beneficiosos en la industria y el comercio que no se habían operado antes, en decenas de siglos.

Agréguense a esto las esperanzas cifradas en los frutos que darían las conquistas democráticas.

«La variación abstracta que se verifica en la historia, dice Hegel, ha sido concebida desde hace mucho tiempo de un modo universal, como implicando un progreso hacia algo mejor y más perfecto. Las variaciones en la naturaleza, con ser tan infinitamente diversas como son, muestran sólo un círculo que se repite siempre... Sólo en las variaciones que se verifican en la esfera del espíritu surge algo nuevo. Esto que acontece en lo espiritual nos permite ver que el hombre tiene otro destino que las cosas meramente naturales. El hombre tiene una facultad que camina hacia algo mejor y más perfecto, obedece a un impulso de perfectibilidad. Este principio, que hace de la transformación misma una ley, ha sido mal recibido por algunas religiones como la católica y también por los Estados, que sostienen un verdadero derecho a ser estáticos, o al menos estables.

Sin embargo, es menester reconocer, agrega Hegel,

que la idea misma de progreso no es satisfactoria, porque no se ofrece con otro contenido que el de perfeccionamiento... El progreso en todas las maneras que se le presente toma una forma meramente cuantitativa: más conocimientos, una cultura más refinada... El fin y el principio director de la evolución, lo que le da su sentido, lo constituye «el espíritu, el espíritu en su esencia, que es el concepto de la libertad» (\*).

De estas ideas de espíritu y libertad, que se halla muy lejos de brindarnos Hegel en forma clara, volveremos a ocuparnos más adelante.

Los saint-simonianos expresaron con cálida elocuencia y fervor poco común, a pesar de que la época era favorable para tales entusiasmos, el sentido de la idea de progreso. Son místicos de la confianza en la industria y la inteligencia humanas que serán capaces de producir inagotables recursos siendo dirigidas por leyes armoniosas.

Comte formula en su concepción de los tres estados que señalarían el desarrollo de la mente humana, una ley, discutible por cierto, del progreso intelectual. Las lucubraciones de la inteligencia habrían sido, según Comte en sus comienzos teológicas, luego metafísicas, para alcanzar en la época del filósofo el carácter definitivo de positivas. Las ciencias habrían ido surgiendo en un orden correspondiente a su mayor comple-

---

(\*) «Lecciones sobre la filosofía de la historia universal». Tomo I. Introducción general. Cap. III.

jidad: primero llegaron a relativa madurez las matemáticas, en seguida sucesivamente la astronomía, la física, la química y la biología y, por último, culminó el movimiento con la fundación de la sociología, llevada a cabo por el propio Comte. Esta última disciplina, ciencia del hombre y de la naturaleza en sus relaciones con él haría posible una vasta síntesis orgánica de todas las ramas del saber humano y concluiría con los sistemas teológicos y metafísicos que hasta entonces habían dominado en el pensamiento. La doctrina comteana tuvo por coronación una nueva religión cuyo dios, positivo por supuesto, fué la humanidad. El filósofo positivista tiene fe en el perfeccionamiento de los hombres y para conseguirlo confía en su divisa mágica del altruismo.

No resultó acertado profeta Comte al anunciar la caducidad de la teología y de la metafísica, sobre todo de esta última que está tan viva como en sus mejores tiempos.

Para Spencer, progreso es sinónimo de evolución, o sea, no constituye más que una faz del proceso universal en que las cosas van pasando del caos a lo coherente, de un estado de homogeneidad a otro de heterogeneidad, de lo simple a lo complejo, de lo indefinido a lo definido. Dentro de esta maquinaria cósmica el hombre es una ruedecilla que no se toma en cuenta. Sin embargo, Spencer, como buen inglés e hijo espiritual de Bacon en algún sentido, creía en la influencia

de la educación y en el perfeccionamiento de las condiciones humanas dentro del orden moral y político.

Entre los caudillos de la revolución de 1848, la idea de progreso dominaba con un señorío incontestado. Armando Marrast, el más importante de los constituyentes de la Segunda República, fundaba el sufragio universal en la que él llamaba invisible ley que rige a las sociedades, la ley del progreso tanto tiempo negada no obstante ser una honda expresión de la naturaleza humana. Las revoluciones son debidas a la represión del progreso y significan la expresión y triunfo de un progreso alcanzado en los espíritus. Y con sólido juicio agregaba: «Pero tales convulsiones son un indeseable método para progresar. ¿Cómo evitarlas? Sólo organizando instituciones elásticas en que las nuevas ideas de mejoramiento puedan ser fácilmente incorporadas, y por medio de leyes que puedan ser adaptadas sin lucha o fricción a las nuevas opiniones. Lo que se necesita es un gobierno flexible, abierto a la penetración de las ideas».

Al año siguiente de la recién mencionada revolución, publicó Renan su libro sobre *El Porvenir de la Ciencia* y pocas veces se han escrito páginas de más fervorosa convicción, de más atrevida elocuencia, de más aliento juvenil acerca de los destinos de la humanidad y de la misión de la ciencia. Sin el progreso no concibe Renan los movimientos de la humanidad. Por obra de la razón y de la ciencia, se llevará a cabo la organización y perfeccionamiento de la

humanidad y serán ellas también las que, perfeccionando la creación, organizarán y realizarán a Dios.

El hondo sentido de humanidad que henchía a Guayau y la adoración que tributaba a la vida se traducen en sus obras en verdaderos himnos al progreso.

Pasteur, en el célebre discurso de su glorioso jubileo, expresaba en emocionadas palabras su creencia en que la ciencia y la paz triunfarían de la ignorancia y de la guerra, en que los pueblos se entenderían no para destruirse, sino para edificar y en que el porvenir pertenecería a los que hubieran hecho más por la humanidad sufriendo. Parece un eco de Condorcet a través de un siglo. Y agregaba el ilustre sabio: «Jóvenes, ¡oh, jóvenes!, confiad en estos métodos seguros y poderosos de los cuales no conocemos todavía más que los primeros secretos. Y todos, cualquiera que sea vuestra carrera, no os dejéis tomar por el escepticismo denigrante y estéril; no os dejéis desalentar por la tristeza de ciertas horas que suele atravesar una nación. Vivid en la paz serena de los laboratorios y de las bibliotecas. Decíos primeramente: ¿Qué he hecho por mi instrucción? Luego, a medida que vayáis avanzando: ¿Qué he hecho por mi país?, hasta el momento en que tendréis tal vez la inmensa felicidad de pensar que habéis contribuido en algo al progreso y al bien de la humanidad... ».

Bergson termina su *Evolución Creadora* proclamando en tal forma su convicción de la superioridad del hombre y su esperanza en el triunfo definitivo de

la vida humana que llega a concebir a la humanidad «como un inmenso ejército que galopa al lado de cada uno de nosotros, atrás y adelante de nosotros, en una carga arrebatadora, capaz de derribar muchos obstáculos y quizás de vencer a la muerte».

Las obras de la abundante literatura sociológica de la segunda mitad del siglo pasado y de nuestros días no dejan de consagrar un estudio a la idea del progreso. Acentuando esta actitud, dice Todd que «la tarea fundamental del sociólogo es suministrar una teoría del progreso social» (\*).

Se ve perfectamente, así lo creemos, que en la sumaria enumeración de actitudes ante el progreso que precede, hemos prescindido por nuestra parte de toda intención crítica. ¿Cómo tomar al pie de la letra la realización de Dios por medio de la acción creadora de la razón y la ciencia de que habla Renán? En todo caso habrá que entender que la realización de Dios será la obra no sólo de la razón y de la ciencia sino del buen espíritu en su integridad. ¿Y sería sólo el espíritu humano, este espíritu limitado en su acción al insignificante planeta Tierra, el capaz de acometer semejante empresa? Entenderíamos que en nuestro planeta se iba llevando a cabo una de las realizaciones de Dios, siendo posible que otras fueran operándose a la vez en otros lugares del universo. ¿De qué manera interpretar lo que dice Bergson, de que la humanidad sea algún

---

(\*) *The Theories of Social Progress.*

día capaz de vencer a la muerte? Bergson ha lanzado su frase cual acorde luminoso y final de una bella sinfonía. No es otra cosa y no se le puede pedir que se desenvuelva en un discurso inteligible. Ahí queda como una hermosa esperanza intuitiva.

### III

#### LOS IMPUGNADORES DEL PROGRESO.—EXAMEN Y CRITICA DEL PESIMISMO

No faltan tampoco, si miramos a otros lados, los impugnadores del progreso. Los hay por espíritu de sistema o por mero empirismo. A principios del siglo pasado se destacan entre ellos Chateaubriand, De Maistre y Lamennais en su doble carácter de católicos y de adictos al antiguo régimen. Estando el progreso en tan íntima concomitancia con la revolución de que ellos abominaban, no podían transigir con él. El *Syllabus* condensó algunos decenios más tarde (1864) la actitud católica, condenando en forma inequívoca a los que piensen que el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna. ¿Pero rechazan todo progreso los católicos? De ninguna manera. Aceptan el que se lleva a cabo bajo las banderas de sus creencias. Por éste si que trabajan y lo han hecho con éxito en obras sociales, educacionales e intelectuales. Acabamos de ver en el capítulo anterior cómo en el siglo XIII, que marca el apogeo

del cristianismo y del poder de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, su más alto pensador, cree y confía en la realización de progresos en los conceptos sobre el mundo y en otros de orden empírico. Los católicos condenan el progreso sobre todo en cuanto fenómeno político y social que se ha realizado fuera de la Iglesia y no pocas veces en contra de ella.

El ataque de W. Ralphe Inge, deán de la Catedral de San Pablo en Londres, es más hondo; va dirigido a la raíz misma de la condición humana. Según él, la naturaleza humana no ha cambiado con la civilización. Fuera de la gris uniformidad de las modas internacionales en trajes; el hombre sigue siendo lo que siempre ha sido: un espléndido animal de combate, un héroe capaz de sacrificios, un salvaje sediento de sangre. Fuera de la acumulación de conocimientos y experiencias, que son adquisiciones precarias y externas, no hay pruebas de que hayamos cambiado mucho desde la primera edad de piedra».

F. C. S. Schiller en su opúsculo «Tántalo o el futuro del hombre» dice que éste, desde la edad paleolítica, no ha progresado nada ni biológica ni moralmente. Incrementos de conocimientos ha habido, pero el hombre sigue siendo el ya hù primitivo. Pone, sin embargo, Schiller algunas esperanzas de mejoramiento en la aplicación de la eugenésica y en la modificación de las instituciones sociales por medio de tanteos experimentales y lentos. Cree que de otro modo a nuestra especie no le espera más porvenir que la ruina.

Clásico es el sistema de Schopenhauer. Para este filósofo la vida es la función de una voluntad insaciable, irracional y ciega. Los deseos y afanes de los hombres son manifestaciones de esta voluntad que se mueve infatigablemente y sin finalidad. Los hombres viven inquietos buscando la satisfacción de sus deseos, agujones de la voluntad y motivos de angustia y malestar. La magra felicidad de que gozamos resulta de esa satisfacción, que significa un placer efímero, porque un deseo aplacado es reemplazado inmediatamente por otro. De esta suerte el ansia continua, es la esencia de la vida y solo el dolor es positivo. La satisfacción, el placer, la felicidad son negativos. Así el sistema schopenhaueriano constituye un pesimismo trascendente dentro del cual no cabe hablar de progreso. El mal viene de la raíz de la vida y no hay remedio para él. Lo que los hombres llaman progreso no es más que una vana y aparente construcción sin sentido y sin eficacia para el mejoramiento y la felicidad.

Muy consecuente dentro de su sistema, Schopenhauer termina proclamando como suprema sabiduría «la negación de la voluntad de vivir»; pero se equivocaría quien interpretara esta fórmula como una invitación al suicidio. Lo que este filósofo aconseja es la extinción del deseo, el renunciamiento a todos los afanes con que nos tienta este mundo de ilusiones, y la vida contemplativa dentro de una serenidad casi divina, con lo que venimos a parar a enseñanzas muy semejantes a las del budismo y, en parte, también a las del cristianismo.

Th. Ribot ha dicho de Schopenhauer que era un budista extraviado en el mundo occidental.

Desengañado en su vejez, hablaba Renan con ironía, cuarenta años después de haber publicado *L'Avenir de la science*, del joven entusiasta que era entonces, atacado de una fuerte encefalitis. En 1890 se halla persuadido de la oposición irreductible que existe entre la felicidad individual y el progreso humano. «Había muchas ilusiones, dice, en la acogida que prestaba en aquellos tiempos lejanos a las ideas socialistas de 1848... El destino del hombre se ha tornado más obscuro que nunca».

Otra evolución, semejante a la de Renan, nos ofrece la historia del pensamiento de Renouvier. Como Renan, vivió este filósofo alrededor de 1850 un período de entusiasmo saint-simoniano. Poco después, su confianza en el progreso se debilitó singularmente. La doctrina del progreso decía en los últimos años de su vida, no es una de estas creencias morales que nos enseñan a morir y a vivir, sino, en definitiva «una ilusión y una tontería». Interesante problema el del pesimismo de los viejos. ¿Son pesimistas porque saben más? ¿O acaso porque pueden menos? Seguramente por las dos cosas. El optimismo, contemplación placentera y confiada de la vida, es fuego alimentado por la energía y la ilusión.

Conocida es la tesis de Spengler que condena a la civilización de Occidente a muerte ineluctable. Su crimen ha consistido en iniciar en sus secretos técnicos a razas inferiores que los emplean fuera de toda finalidad

espiritual con fines simplemente utilitarios y económicos: así los negros, los amarillos, los rusos. De estas razas vendrá el golpe de gracia que concluirá con nuestra civilización. Esperémoslo, dice, estoicamente en nuestro puesto, como el centinela romano enterrado por las cenizas del Vesubio (\*).

Alexis Carrel no cree que nuestra civilización esté irremediablemente sentenciada a perecer pronto, pero sí que se halla del todo extraviada por ignorancia de lo que es el hombre. Para enmendar rumbos debe empezar por conocer la entidad que es el centro de sus preocupaciones. Mucho adelanta en este sentido el doctor Carrel (\*\*); más estima que urge proceder al estudio de la naturaleza humana en una forma amplia, organizando científicamente las investigaciones, con la cooperación de todos los sabios, instituciones y hombres de estudio de las diferentes especialidades que puedan concurrir a ese fin.

En 1933 se celebró la Exposición de Chicago decorada, tal vez sin hipérbole, con el título de «Un siglo de progreso». He aquí algunas impresiones anotadas por André Maurois: «En el palacio de la Ciencia, dice, se puede encontrar el átomo de Bohr aumentado algunos millones de veces, los electrones girando como planetas alrededor de un núcleo solar; se pueden estudiar las franjas de interferencia de las ondas luminosas,

---

(\*) El hombre y la técnica.

(\*\*) L'Homme, cet inconnu.

tales como las dibujaría un observador proporcionado a ellas; se puede ver, a través de un hombre transparente, en la bomba del corazón, el funcionamiento de las válvulas cardíacas y el aspirar y expeler de la sangre. Ciertamente el hombre ha trazado en el curso de este siglo una carta grosera del mundo en que vive. Se maneja en él un poco mejor que en otro tiempo. Ayer aceptaba el invierno, la canícula, la noche, el sufrimiento; ahora los combate; crea su propio medio; tiene poder sobre el Universo. Es un progreso. Pero el Señor de las Ondas no es señor de sí mismo. No podemos olvidar que a diez minutos del Palacio de la Ciencia ochocientos mil desocupados viven de miserables raciones. El hombre mismo ha cambiado menos ligero que su poder. Transforma la materia, pero ignora el espíritu. Construye moléculas nuevas y se muestra incapaz de organizar sociedades viables. Produce en abundancia bienes otrora escasos y se muere al lado de sus riquezas, impotente para distribuirlas (\*).

Las palabras de Maurois no significan una crítica del progreso en general, pero sí de las desarmonías y crueles disonancias de nuestra civilización.

De voces semejantes está llena toda la literatura de los últimos años. Ellas se han acentuado en forma extraordinaria después de la Gran Guerra y de las crisis subsiguientes (\*\*).

---

(\*) Citado por Georges Friedmann. *La Crise du Progres*.

(\*\*) Un buen y último espécimen de obras de este género es la que acabamos de citar de G. Friedmann, *La Crise du Progres*. Se hace en ella un

No ha mucho decía un crítico inglés que la humanidad le dejaba la impresión de que los demás planetas hubieran elegido a la Tierra como asilo para lunáticos.

A un escritor de la índole de Bernard Shaw no se le puede pedir un sistema propiamente tal. Su actitud entre pesimista y escéptica es enteramente empírica. Para el ingenioso dramaturgo irlandés el progreso es una ilusión. «El anarquista, dice, el fabiano, el salvacionista, el vegetariano, el doctor, el abogado, el párroco, el profesor de ética, el gimnasta, el soldado, el sportman, el inventor, el político programista, todos tienen alguna receta para mejorarnos; pero es una ilusión. ¿Habrían Washington y Franklin levantado un dedo por la causa de la independencia norteamericana si hubieran previsto en lo que eso iba a parar? Debemos

---

análisis de la sociedad occidental entre 1895 y 1915 desde el punto de vista del progreso principalmente económico y técnico y con criterio marxista. El autor revela una amplísima información. A la luz de las crisis sucesivas y de las críticas de filósofos, literatos, hombres de ciencia y publicistas examina el fracaso para él irremediable y definitivo de la cultura europea y americana, burguesa se entiende. Todas las tentativas para galvanizar este semi-cadáver han sido inútiles: la racionalización del trabajo industrial, los planes de Taylor y de Ford, la tecnocracia, la resurrección del artesanado se han mostrado ineficaces. La sociedad burguesa está condenada para Friedmann, sea que se conserve bajo forma de democracia liberal o haya tomado la organización fascista o nacistas. Las abejas del progreso, la verdadera democracia, la razón, la ciencia, la libertad, no podían mantenerse en la tierra agostada y pestilente de la burguesía y han emigrado a la Rusia Soviética. Aquí están dando sus mejores frutos y para el autor no hay posibilidad de que los den en otra parte. Friedmann representa el exclusivismo de una ideología cerrada.

renunciar a la idea de que el hombre tal como existe sea capaz de progreso. Como tomamos medidas para remediar algunos de nuestros males, nos hacemos la ilusión de que progresamos, pero todo no pasa de ser un zigzaguo sin resultado final. Nadie podría creer seriamente que un «chauffeur» que conduce un automóvil de París a Berlín sea un hombre más altamente evolucionado que el auriga de Aquiles, o que un primer ministro moderno sea un hombre más culto que César, porque monta en triciclo, escribe sus disposiciones con luz eléctrica y da instrucciones por teléfono a su corredor de bolsa. Hombres como Ruskin y Carlyle predicarán a Smith y a Brown por amor a la predicación, precisamente como San Francisco predicaba a los pájaros y San Antonio a los peces. Pero Smith y Brown, como los peces y los pájaros, siguen siendo lo que son».

Pero el pesimismo de Shaw no es radical y sin esperanzas. Confía en el advenimiento del superhombre siempre que se derriben las barreras que oponen a tan fausto suceso la mala organización del matrimonio y de la propiedad y las injusticias sociales de nuestros días. Lo que en buenos términos equivale a tener fe en las reformas sociales.

Ni este consuelo nos dejan las ideas de «la nueva antropología», como la designa Scheler, que afirman la necesaria decadencia del hombre durante «esa llamada historia» que dura desde hace diez mil años. A la pregunta escueta: ¿Qué cosa es el hombre?, contesta dicha antropología: es un desertor de la vida, que ha-

biendo exaltado morbosamente el sentimiento de su propio ser, se vale para vivir, de meros sucedáneos (idiotismos, herramientas), sustitutos de las auténticas funciones y actividades vitales, capaces de desarrollo; es un viviente que ha desertado de la vida, de sus valores fundamentales, de sus leyes, de su sentido «sagrado», cósmico. Uno de los voceros de la nueva doctrina ha dado la atractiva fórmula siguiente: el hombre es un simio fiero, que, poco a poco, ha enfermado de megalomanía por causa de su (así llamado) «espíritu». Un anatomista holandés, benemérito por sus trabajos sobre la evolución de los órganos humanos y la descendencia de predecesores animales, resume con más exactitud el resultado de sus investigaciones en la frase: «El hombre es un mono infantil, con perturbaciones en las secreciones internas» (\*).

¿No es esto a la vez extraño y pintoresco? Se necesita estar ciego o muy ayuno de todo conocimiento histórico para negar los progresos materiales alcanzados en los diez mil años de la historia. Si por otra parte se interpreta este tiempo como de continua decadencia, a pesar de esos progresos materiales o tal vez a causa de ellos, ¿cómo probar que el hombre desde su origen hasta ahora haya degenerado? Desde luego, no cabe apuntar tal degeneración en el orden intelectual. Precisamente, la superioridad de la inteligencia es una de las

---

(\*) Max. Scheler, *La idea del hombre y la historia*. (Revista de Occidente, N.º XLI).

inculpaciones que le hacen los autores de la nueva teoría antropológica. No creemos tampoco que el hombre prehistórico, de conducta sobre todo instintiva y ciegamente determinada por un ambiente tenebroso, pueda ser llamado más moral que el de nuestros días. Más simple sería, sí, pero no más moral. Habrá caído sin duda el hombre en vicios y aberraciones desconocidos para su hermano de las cavernas, pero también ha practicado virtudes y alcanzado méritos que aquél no podía soñar. Querer hacer esta valoración es en realidad poner en parangón términos incomparables a causa de la sencillez de la vida prehistórica y de la enorme complejidad de la desarrollada en los siglos posteriores. Pensamos asimismo que no cabe hablar de degeneración física.

El hombre actual, y el de hace varios siglos, no goza sin duda del poder de cazar cabras salvajes a mano, como lo hiciera Robinsón Crusoe, ni tampoco del de quitarle la piel a uña a un muslo de ciervo para comerse crudo y sangrando a mordisco limpio, como era capaz de hacerlo su vigoroso antepasado paleolítico. Pero el considerable desarrollo de los deportes y de la cultura física dan testimonio de que no es posible afirmar que haya habido degeneración en este sentido.

Estas imputaciones más pueden ser todo lo aventuradas que se quiera, dada mi condición, no digo de dilectante, de ignorante de la antropología; pero no las he hecho en nombre de esta ciencia, sino en el de ob-

servaciones históricas y sociológicas que están más a mi alcance.

Subsiste además otra cuestión. Si los sabios antropólogos citados por Scheler condenan la vida del espíritu humano y los inventos y adelantos de la cultura, sin distinguir entre buenos y malos, como una degeneración, ¿qué ideal de vida sustentan? ¿La de un mono no enfermo de megalomanía a causa del espíritu y sin perturbaciones en las secreciones internas? ¿La de un mono en todo caso?

Estos sabios dejan chico a Rousseau. A pesar de mi mucha ignorancia antropológica, no me resigno a silenciar esta pregunta: ¿Cómo ha sido posible que verdaderos sabios hayan llegado a las conclusiones que hemos apuntado? No encuentro otra respuesta que la de ver en ellas un fruto algo monstruoso de la unilateralidad a que conduce la excesiva especialización científica.

A propósito de estas críticas y sin el menor propósito de desvirtuarlas, sino sólo para dejar establecidos dos hechos, digamos que la idea de progreso o de mejoramiento tiene un contenido vital. Cualesquiera que sean las impugnaciones que se le hagan al progreso como doctrina general, el sentimiento o la esperanza del progreso en algún sentido tiene que subsistir. De otra manera es la atonía, la muerte.

El más desencantado pesimista hace lo posible por educar a sus hijos, para que se perfeccionen y mejoren de condición.

Leemos una amarga novela de nuestros días, cualquiera de las buenas novelas europeas, sudamericanas o norteamericanas. Hay no pocas que son bastante recias. ¿Qué ha perseguido el autor? Decir su verdad, la verdad haciendo a la vez obra de arte. Y además, sin duda, mejorar, si ello es posible, las mismas condiciones que pinta y condena.

Las críticas que hemos examinado anteriormente han sido ataques de intelectuales y escritores. Pero, ¿qué dicen las masas? ¿Participan del escepticismo de la élite de los hombres de letras? Ellas sufren más que éstos y son sus sufrimientos los que suelen inspirar a los escritores. Pero si el pueblo que ha perdido su fe en perspectivas de ultratumba, caso frecuente en nuestros días, no espera además nada en este mundo tiene el alma muerta, porque al hombre del montón no se le puede pedir que su espíritu esté animado por un escepticismo activo como el de Voltaire, Renan, Anatole France o Bernard Shaw. Por esto, por necesidad vital quizás, el alma del pueblo es crédula y sugestionable. El pueblo sigue fácilmente en movimientos o partidos políticos las banderas que se levantan en nombre del progreso y de su hermana la libertad, ya sea dentro de la democracia, taller donde primeramente se tejieron estas banderas, ya en las filas del fascismo o del comunismo. De la verdad del movimiento mismo no hablemos. Depende muchas veces del corazón de quien se ha embarcado en él darle un sentido capaz de llenar la vida. No cabe descalificar

un movimiento en que hay de parte de los conductores y de los conducidos sinceridad y honradez. Contra esto se peca en la Rusia soviética, al educar al pueblo en la creencia de que sólo entre ellos se realizan todos los progresos imaginables y que el resto del mundo vive sumido en las tinieblas de la ignorancia, de la explotación y del dolor. A André Gide, cuyo testimonio sobre el régimen bolchevista como simpatizante del comunismo es fehaciente, lo miraron en Moscú con cara de burla y desconfianza, cuando afirmó que en París había excelentes escuelas públicas y un magnífico ferrocarril subterráneo (\*). A los buenos moscovitas se les ha hecho consentir en que sólo en su capital son posibles tales adelantos. Se ha logrado imponer la fórmula clásica del optimismo ingenuo: creer que se vive en el mejor de los mundos posibles. Es la mística convertida en mistificación.

Hemos reconocido la conveniencia de que el pueblo tenga confianza en alguna forma de progreso como sano síntoma de vitalidad. Esto es siempre que no se le engañe. Agreguemos además la condición de que no abrace su causa con fanatismo e intolerancia y recurra a la violencia, en la ilusión de que con los sacrificios que impone va a implantar al fin el milenario, una era de felicidad definitiva. Es explicable, sin embargo, que masas ignorantes agobiadas de dolor y desesperanza puedan entregarse a excesos y desmanes. Mas no lo es

---

(\*) Retour de l'U. R. S. S.

que hombres cultivados, escritores y poetas tomen la postura de añorar el imperio de la fuerza y pulsen la lira de Nerón para cantarla como valor supremo. Se sienten dioses paganos extraviados en nuestro planeta. Desgraciados y ciegos. Parecen ignorar que la fuerza sólo puede servir quizás a intereses limitados de agrupaciones humanas, como la de un capitán de bandidos a los fines de la banda, como la de un dictador que obtiene en algún sentido el encumbramiento o el adelanto de su país; pero jamás a la humanidad toda. La violencia es siempre negación de valores espirituales. Por esto dijeron Sócrates y Platón en sentencia inmortal que más valía sufrir una injusticia que cometerla.

• • •

Digamos dos palabras acerca del pesimismo, tomándolo como cifra y compendio de las doctrinas que parecen incompatibles con la idea de progreso.

Ya hemos llamado ingenuo al optimismo que se expresa en la conocida fórmula de que este mundo es el mejor de los mundos posibles. Pero no sería menos ingenuo y falso llamarle el peor. Advirtamos que Schopenhauer, cuyo sistema vamos a tomar como representativo de un pesimismo filosófico, no ha dicho jamás semejante cosa y que le habría parecido una falta de buen sentido añorar que no hubiera sido mejor. Del claro y definido determinismo que ha profesado este filósofo se desprende que nuestro mundo es para él lo

que ha tenido que ser y que no habría podido ser ni mejor ni peor. Llamamos filosófico al pesimismo de Schopenhauer para distinguirlo del simplemente empírico de que vamos a hablar poco después.

El núcleo del pesimismo schopenhaueriano lo forma, como se sabe, aquella idea de que «sólo el dolor es positivo».

Para llegar a esta conclusión, Schopenhauer se ha representado los fenómenos psicológicos correspondientes en un proceso demasiado escueto, rígido y simple. El se imagina el dolor del deseo insatisfecho como una cantidad que se mantendría siempre igual e inalterable hasta el momento de la satisfacción. Esta satisfacción nos trae un placer, el único breve placer de que podemos disfrutar. Una vez extinguido el deseo por el alcance de su objeto y desvanecida la fugaz felicidad que esta circunstancia nos aportó volvemos a sentir el aguijón doloroso de un nuevo acicate sensual y de tales eslabones se va formando la cadena de la vida.

Pero las cosas no ocurren así, según lo ha hecho ver claramente Simmel, en su estudio sobre Schopenhauer(\*). El amor nos ofrece un clásico ejemplo al respecto. Pasemos primeramente por la portada de la impresión que produce la mujer en general. Aparte de todo valor social, intelectual y moral, las mujeres, digamos bellas, esparcen por lo común a su alrededor una dulce y misteriosa impresión, que suele ir acompañada de una leve

---

(\*) Schopenhauer y Nietzsche-IV-El Pesimismo.

angustia, de una sensación de vacío y como de cosa que no se tiene. Tal ocurre, porque esa impresión es un vago preludio del deseo, lo que no quita que constituya a la vez uno de los encantos de la vida, de que ningún hombre normal querría verse privado. En los más de los hombres, hay un Don Juan larvado, sojuzgado o fracasado, cuando no en ejercicio.

Los amantes pueden hallar en los menores detalles de su existencia motivos de íntimos goces, y esos detalles no tienen que ver, conscientemente, nada con la consecución del deseo, salvo en cuanto la naturaleza a sus espaldas, sin que ellos tal vez se percaten, los va acercando arteramente a ese fin. De esta suerte se ve que, en virtud de la organización misma de la vida que conduce a la satisfacción del deseo, va brindando ella goces de valor independiente cada uno en sí. No negamos que el camino pueda estar sembrado de abrojos y espinas; pero no hay para que detenerse en este aspecto, porque él no basta a invalidar la idea que sostenemos, ni a reanimar la tesis de Schopenhauer.

Muchos han solido decir que los preliminares de la posesión valen más que la posesión misma. ¿Y cuántos no han manifestado preferir un amor desgraciado o siempre insatisfecho a la falta de amor?

Nada prueba tampoco Schopenhauer al afirmar que el amor es una serie de engaños con que el «genio de la especie», como un gran tramoyista, llega a obtener el nacimiento de un hijo. Probablemente esto es cierto; pero en esa cadena de engaños o ilusiones no todos son

dolores. Alternan en ella los placeres y los dolores, cual ocurre en cualquier aspecto de la vida.

De manera que en lugar del proceso psicológico concebido por Schopenhauer creemos más acertado el siguiente. Desde el momento que para llegar al logro de un deseo el alma se propone un fin, empieza a la vez a contemplar una perspectiva de esperanzas. Concibe los medios que la han de llevar al fin propuesto, lo que significa ya un comienzo de felicidad. Cada éxito que la acerca a su finalidad constituye un nuevo goce. Es verdad también que cada fracaso envuelve un dolor más. Pero de sus caídas se va levantando el hombre cuando no lo ve todo perdido y de esta manera va viviendo en la esperanza de la felicidad, que pasa a ser para él la felicidad de la esperanza, o sea, una forma de goce en pleno deseo insatisfecho.

No corresponde tampoco a la realidad de los hechos afirmar que todo placer sea negativo, por cuanto, siempre provenga del aplacamiento de un dolor anterior. Cuando tomamos un confite u olemos una flor experimentamos un placer que no ha venido precedido de dolor alguno. En una excursión, tras el goce de trepar una montaña puede ofrecérsenos de repente desde una altura el inesperado deleite de la contemplación de un bello paisaje que no ha venido precedido tampoco de ningún dolor. La admiración de una estatua, de un cuadro, de una poesía, de una catedral, de un trozo de música o de canto, y en general todos los goces que nos propor-

cionan las creaciones del arte no hacen pagar el bien que traen al espíritu con el rescate de un dolor previo.

Es verdad que Schopenhauer no desconoce que el arte sea para el hombre una fuente de placeres puros sin que exijan el peaje de un dolor anterior. En hermosas páginas (\*) establece el valor del arte y pone de manifiesto como la belleza en la naturaleza y la creada por el genio humano ofrece al hombre la oportunidad de elevar su vida a la región del espíritu puro, del conocimiento desinteresado y libre del aguijón del deseo, por donde puede encaminarse a la perfección schopenhaueriana ya mencionada de «la negación de la voluntad de vivir».

Ocupémonos ahora del pesimismo que hemos llamado empírico. No busca este su justificación en análisis filosóficos sino en los hechos más o menos crudos que ofrecen la historia y la existencia diaria. Para él es el hombre por naturaleza egoísta y malo y no susceptible de perfeccionamiento; el mundo es un fracaso sin remedio y hacemos nuestra vida, recogiendo más desgracias y desengaños que felicidades.

Muchos espíritus religiosos ven el corazón humano y las cosas terrenas a través de un vidrio tan negramente ahumado como el de esos pesimistas; pero tienen puestos los ojos del alma en una vida futura y esta creencia los salva del desconsuelo abúlico o desesperante. Pero ¿qué viene a ser la vida para los pesimis-

---

(\*) El mundo como voluntad y representación. Capítulo III.

tas que no creen, como es el caso de los más, en una existencia de ultratumba? Viene a ser un triste movimiento en el vacío, tan absurdo como el destino de un caballo de noria o el de un siervo condenado a dar vueltas una piedra de molino que solo se moliera a sí misma. Consecuentemente, Schopenhauer no señalaba a la vida otro fin que el Nirvana. Todo el mundo de nuestras representaciones y deseos no es más que una ilusión que ha de terminar desvaneciéndose en la nada. Hartmann decía, que aunque este mundo era en verdad el mejor de los mundos posibles, era aún tan malo que más valdría que no existiera y, considerando con cierta lógica la mayor de las desgracias el deseo sexual, preconizaba la castración de los hombres. En sentido algo análogo ha dicho Nietzsche: «Llegando a la madurez de la vida y de la inteligencia el hombre no puede librarse del sentimiento de que su padre hizo mal en engendrarlo porque toda creencia en el valor y dignidad de la vida reposa en razonamientos poco rigurosos» (\*). Más lejos fué aun Mainlander que, a la negación de la voluntad de vivir de Schopenhauer, opuso con claridad contundente «la voluntad de morir», sostuvo como sistema la extinción de la vida y se suicidó a los treinta y cinco años. Es claro que tanto Hartmann como Nietzsche y Mainlander rebalsan los límites de un pesimismo simplemente empírico; pero los citamos para completar el cuadro que venimos esbozando.

---

(\*) Humain, trop humain-I P. 33. (Citado por L. A. Salomé-Nietzsche).

Todo esto no quita, sin embargo, que haya muchas almas ingenuas que, ignoras de creencias trascendentales, sobrelleven sin amargura y con dulce resignación su triste destino; y también pillos aventureros y vagabundos que, sintiendo en las entrañas que esta es una perra vida, la vivan alegremente.

No queremos proceder como predicadores, pedagogos o dómnes pedantes que por obligación son edificadores de hombres y condenan a velas apagadas a los negadores del progreso. No cabe duda de que empíricamente suelen no faltar motivos para caer en el pesimismo. Ningún hombre se substraer a su cuota de dolor. No sólo los que chapalean en la miseria y sufren hambre, los que padecen enfermedades, los individuos y las clases sociales explotadas de diversa suerte, los pueblos enteros que gimen bajo dictaduras execrables e imperialismos voraces, las víctimas de la injusticia y de la persecución; también los privilegiados de la fortuna tienen que padecer las inquietudes dolorosas con que se paga el tránsito por la vida.

Pero al lado de estas causas del pesimismo que podríamos llamar reales hay otras que son sólo artificiales.

La actitud pesimista en hombres superiores suele resultar de desengaños inevitables. Tienen su plan para mejorar el mundo y como no lo pueden realizar porque en el desarrollo de las cosas no se realiza jamás en su totalidad la idea de nadie, caen en el descontento.

Suele también el pesimismo no ser otra cosa que

un avatar del egoísmo. Se aprecia el tiempo en que se vive por la satisfacción que alcanzan los deseos que se tienen, satisfacción que es por lo general muy precaria. No podemos hacer nuestras todas las riquezas, honores y mujeres que quisiéramos. Este es el campo en que los hombres libran entre sí las luchas más encarnizadas y como estos bienes son limitados se cae sin dificultad en tildar de mala la vida si no se persigue otra finalidad. En tal estado de ánimo encuentra, por otra parte, el pesimista egoísta un atajo fácil para sustraerse a los deberes que la solidaridad impone y para tratar de utilizar en su provecho a los demás.

A manera de corolario, se desprende de lo anterior que el pesimismo encubre igualmente cierto fondo de sensualismo contrariado. Las satisfacciones del espíritu son, en cambio, inagotables. Tome usted el camino de la abnegación, del servicio y de los goces artísticos e intelectuales y no se sentirá estorbado por nada. ¿Es esto sobrehumano?

Desde un punto de vista empírico, es explicable el pesimismo de que, ordinariamente, vienen aparejadas la mala salud y la vejez. La fatiga y la disminución de aliento vital y dinamismo hacen caer, como hemos indicado antes, en la predisposición pesimista. Pero que aquello ocurra no autoriza por lo mismo para juzgar mal a la vida en su totalidad. No se la puede justipreciar mirándola sólo en las horas de dolor, de enfermedad o de proximidad a la muerte. Tampoco un

individuo que se sienta abatido debe inferir de su decadencia la de su pueblo, ni de la decadencia de una nación cabe deducir la de su raza, ni de la de ésta la de la humanidad. Al lado de la decrepitud desconsolada de los viejos y de los enfermos, la vida nos ofrece el impulso alborozado de los niños y de las almas jóvenes. ¿No son éstos indicios de una fuerza que no podemos condenar en definitiva? ¿Por qué los organismos gastados han de tener la razón al frente de los embites nuevos de la vida que quiere realizarse? Es como si dijéramos a los que vienen atrás: «Todo es tinieblas, porque nosotros no vemos la luz; en la tierra no hay flores, porque no las percibimos; no hay amores, porque no somos capaces de sentirlos». No digamos que el río de la vida se ha secado, porque nos enervamos tal vez atascados en una orilla de aguas superficiales. ¡Ah, no! No vemos seguramente la otra orilla del gran río, ni sentimos las fuertes corrientes que van llevando la vida a destinos inesperados.

No queremos parecer insensibles ni ante el dolor ni ante los sufrimientos que traen las enfermedades; pero el pesimismo se nos presenta en cierto sentido como un ensayo de condenar la vida, cuando el estado interior del sujeto que juzga significa sólo falta de vida. Es cual pedirle a un hombre en quiebra que decida sobre la bondad del comercio. Suponemos abiertas grandes posibilidades para la vida, a pesar de que no se puede afirmar nada a la vez respecto de su valor trascenden-

tal. Corremos una hermosa carrera, cuya meta final ignoramos. Sabemos sí que no se encuentra ella en el término de nuestra existencia personal. La carrera sigue y nos invita a darle sentido de eternidad, corriéndola bien.